

VOCES FINALES DE ARTIGAS

Milton Schinca

(Artigas, ya muy entrado en la ancianidad, aparece sentado en una silla, ceñudo y sombrío. Está solo. Se oyen a su alrededor murmullos, voces en ráfagas, llantos lejanos, gemidos que lo rondan. Hace un gesto de apartar esos sonidos, pero infructuosamente).

Artigas.- Esos sonidos siempre rondándome... Voces, gemidos... Demasiado sé de dónde vienen... ¡Cuántos paisanos murieron por mi causa! Porque di una orden; o porque la callé... Y sus mujeres; y sus niños... ¿Quién fui, quién soy, para disponer así de otros?

(Se levanta trabajosamente y queda atento, como si hubiera escuchado que alguien llega. Poco después, en efecto, entra un sacerdote en hábito franciscano).

Artigas.- *(Con cierto alivio en la expresión)* Ah, es usted...

Franciscano 1.- ¿Esperaba a alguien más?

Artigas.- Tal vez sí... A cierta altura de la vida, uno espera no sabe bien qué. O lo sabe, pero prefiere hacerse el desentendido. Una visita que no puede demorar. Gracias a Dios, llegó usted antes.

(Se sientan. Pausa larga).

Franciscano 1.- Me mandó llamar. No es corriente que recurra a mí.

Artigas.- Padre... escucho voces. Me hablan, me atormentan, me preguntan quién soy. *(Mirándolo a fondo)* ¿Quién soy, padre? *(Pausa larga)* Usted sabe que yo me eduqué en mi tierra con sacerdotes de su misma Orden. Y usted me ha parecido siempre un franciscano cabal. Por eso lo necesito. Precisamente ahora.

Franciscano 1.- Siempre encontré puntos de contacto entre usted y nuestro amadísimo Francisco.

Artigas.- Su comparación me hace sonreír... *(Con enorme gravedad)* Contésteme, Padre: ¿algún ser humano murió o padeció atrocemente por causa de San Francisco?... Ni imaginarlo, ¿verdad?

Franciscano 1.- Ciertamente no, pero...

Artigas.- *(Señalando el aire alrededor)* ¿Los oye, padre?... ¿Puede escuchar lo que me dicen?

Franciscano 1.- El silencio es perfecto aquí dentro.

Artigas.- No me reprochan nada, entiéndalo bien. Al contrario: hasta me dicen que no me preocupe por ellos, que están bien en el lugar donde se encuentran.

Franciscano 1.- ¿Quiénes son ellos?

Artigas.- ¿Quiénes?... *(Pausa atormentada)* Padre: ¿hay algo más conmovedor que un ser humano? Mujer, hombre, niño. Su carne, su inteligencia, sus fragilidades... ¿Hay algo más hermoso que verlos andar sobre la tierra? Que fue hecha para ellos, Padre, no lo olvide. Y ellos respiraban el aire con toda inocencia, caminaban bajo el sol, bajo la lluvia, comían, jugaban, se besaban, podían cantar... Y de pronto yo...

Franciscano 1.- A usted le tocó vivir tiempos muy difíciles, muy crueles. Pero sus causas siempre fueron justas.

Artigas.- Causas justas... El hecho es que ellos murieron por mi mano, Padre. ¿Cuántos paisanos míos cayeron cercenados porque yo les pedí que me acompañaran?... Y eran vidas, Padre. Eran carne, eran ganas, eran impulsos que Dios había puesto en ellos...

Franciscano 1.- No es ése un pensamiento de guerrero.

Artigas.- No, ciertamente. Es apenas el pensamiento de un hombre viejísimo, que vivió demasiado cerca de los hombres y que muy pronto será llamado.

Franciscano 1.- ¿Acaso se arrepiente de haber sido quien fue?

Artigas.- No me arrepiento de ninguno de mis actos. Los volvería a hacer todos, uno por uno. Y mi mano no volvería a temblar. Pero ellos, los que mandé a la muerte, están ahí, dándome vueltas alrededor todo el día, tirándome de la ropa para que me fije en ellos. ¿Qué puedo decirles, Padre?...

Franciscano 1.- No debe atormentarse. Cuando llegan las guerras, todos tenemos que ocupar nuestro lugar. A usted le tocó el peor: vivir comandando.

Artigas.- Pero ¿por qué Dios me designó a mí?

Franciscano 1.- ¿Quién conoce sus designios?

Artigas.- ¿Acaso tenemos los guerreros su autorización para hacer lo que hacemos? ¿O quedamos condenados para siempre?... *(Pausa amarga)* Yo, un hombre simple y llano, transformado en dueño de la vida y la muerte de los demás... A veces salgo a la puerta de esta casa, y me pongo a gritar en todas direcciones: «Por favor, ¿quién fui yo?»

Franciscano 1.- Mientras haya guerras en este mundo, estas cosas ocurrirán.

Artigas.- En aquel tiempo, yo veía todo tan claro!... Lo blanco era blanco, lo negro era negro. Ahora soy un viejo completamente solo, y tengo a la muerte pisándome los talones.

Franciscano 1.- Usted no hizo más que cumplir con lo que consideró su deber.

Artigas.- ¿Pero quién marca lo que es deber y lo que no lo es? ¿Dónde está la frontera? ¡Yo mismo, yo solo, tuve que decidirlo cada vez!

Franciscano 1.- A usted le tocó ser jefe del más alto rango. No podía permitirse vacilar.

Artigas.- Tal vez me topé con el deber demasiado temprano...

(Sobreviene una iluminación algo difusa. Debe entenderse que hay un cambio de tiempo. Poco después, con paso fantasmal, entra el Abuelo).

Abuelo.- ¿Así que mi nieto, con sus catorce años recién cumplidos, ya quiere salir al campo con su abuelo, a apresar delincuentes? ¡Está bueno!...

¿No te parece que es demasiado temprano para un chico como tú? ¿Crees que es un juego salir a enfrentarte con maleantes, con bandoleros, con gente que no tolera que los pongan en vereda?... No soy yo quien hace las leyes. Mi trabajo consiste en poner orden en la Campaña: meter presos a los que se rebelan, y castigar a los culpables sin permitirme una vacilación. Ese es mi deber, y de él no puedo apartarme.

Artigas.- *(Sombriamente)* El deber...

Abuelo.- *(Encaminándose hacia Artigas)* Muy bien: para que tú también aprendas tu deber, saldrás al campo con mi partida, mañana de mañana, no bien salga el sol. *(Se retira difusamente. Se vuelve a la escena con el Franciscano)*

Artigas.- El abuelo querido... Cuánto aprendí de ti. *(Artigas queda como dubitativo unos momentos)* Ah, cómo necesitaría que viniese mi madre a aconsejarme precisamente ahora...

(Se repite el cambio de tiempo. Aparece como en una presencia borrosa la figura de la Madre)

Madre.- Hijo, todo es sagrado, no lo dudes. Tenemos que cuidar el mundo. No te canses de mirarlo a tu alrededor. Si te fijas bien, todo está ardiendo. Todo canta, ¿sabes? Escucha bien ese canto...

(Aparecen tres esclavos, dos mujeres, un varón)

Madre.- Acérquense... Míralos bien, hijo: ellos también, de niños, aprendieron a escuchar el mundo, como yo. Usted, doña Rosa, lo descubrió una noche allá en Africa, como me lo contó. Y el Tío Nicolás hablaba con las gallinas y con los cerdos.

Tío.- Y hoy les hablo todavía a los de acá, y ellos me escuchan, Ama. Y yo les cuento historias que me enseñaron allá en mi tierra algunos animales que acá no hay.

Madre.- Y Nicasia, cuando tiene que cortarle la rama a un árbol, le pide disculpas primero.

Nicasia.- Y el árbol llora, Ama, y me pide que lo deje vivir.

(La Madre va hacia Artigas y le habla con afectuosa autoridad)

Madre.- Ellos vinieron de lejos, hijo. Los arrancaron por la fuerza de su tierra. Así que ocúpate de ellos hasta el último día de sus vidas. Tómalos como un deber más.

(Las figuras de la Madre y los tres esclavos se diluyen en la penumbra. Se vuelve al tiempo presente)

Artigas.- Siempre el deber... Y Rosalía también era un deber para mí *(Ha aparecido difusamente la figura de Rosalía)*. Era la menos agraciada de todas mis primas. Siempre parecía sonámbula,

ambulando por otros mundos. ¿No era también mi deber ayudarla a pisar firme? *(Se acerca a Rosalía)*
¿Qué hace mi prima querida? Siempre andas sola por la casa. ¿Hablas con sus fantasmas?

Rosalía.- Te ríes de mí, pero hay, sí, presencias. Las toco, me acarician, hablamos largamente.

Artigas.- ¿Y quiénes son esas presencias?

Rosalía.- Ellos... ¿No los ves?: ellos mismos. Es todo lo que puedo comunicarte. Si dijera más, no entenderías. *(Pausa)*

Artigas.- Rosalía querida, tus hermanas todas tienen novio. Pronto empezarán a casarse, a traer hijos. ¿Y tú, que eres de las mayores?...

Rosalía.- Sé esperar. Nada me apura.

Artigas.- No demuestras interés por nadie.

Rosalía.- Tampoco nadie lo demuestra por mí.

Artigas.- A lo mejor no eres buena lectora de los corazones que tienes más cerca.

Rosalía.- Creo leerlos como si fueran un libro abierto.

Artigas.- ¿Acaso has podido leer el mío?

Rosalía.- Tú eres transparente para mí.

Artigas.- ¿Y qué has leído en mi corazón transparente?

Rosalía.- Tu infinita bondad.

Artigas.- ¿No sientes que tengo algo que decirte?

Rosalía.- No sé nada, no quiero oír nada.

Artigas.- Tú podrías hacerme el más feliz de los hombres.

Rosalía.- Cállate... ¿De qué estás hablando?

Artigas.- Te lo diré por fin. Sueño con un hogar contigo, con hijos que tú me des.

Rosalía.- No sigas con esas niñerías. ¿Me las dices porque te sientes obligado a cumplir con un deber, bien lo veo!

Artigas.- Un deber... No, no: todo me empuja hacia ti. Te ruego que no me rechaces.

Rosalía.- Déjame retirarme. Estoy demasiado perturbada.

Artigas.- Sí... ve a descansar. Con los ojos cerrados pensarás mejor.

Rosalía.- *(Va a salir, pero se detiene tímidamente)* No sabes cuánto te agradezco lo que me dijiste.

(Sale con ligereza)

Artigas.- *(Queda con aire pensativo)* El famoso deber... Si yo mismo pudiera leer con claridad mis sentimientos...

(Se oye alguna descarga de fusilería. Entran dos Oficiales con paso desenvuelto)

Oficial 1.- Señor, hemos traído con nosotros doce españoles prisioneros. Tres oficiales, nueve soldados rasos. ¿Qué destino les corresponde? ¿La pena capital?

Artigas.- ¿Qué estás diciendo? ¿Pelearon de frente, de igual a igual, defendiendo su causa?

Oficial 2.- Así es, mi General.

Artigas.- Entonces, que nadie los toque. Son guerreros, como nosotros; derrotados en su ley. Yo no quiero venganzas. Llévenlos y trátenlos con el mayor respeto.

(Salen los Oficiales, luego de saludar marcialmente. Entran por el lado opuesto otros tres Oficiales artiguistas).

Oficial 3.- Perdone, mi General. Aquí les traemos a tres españoles que vienen en calidad de prisioneros.

Artigas.- ¿Los apresaron en el campo de batalla?

Oficial 2.- No, señor. Los mandaron desde Montevideo. Los fueron a buscar a sus casas, uno por uno.

Artigas.- ¿Por qué razón esa cacería?

Oficial 3.- Conspiraban, señor.

Artigas.- ¿Conspiraban?... ¿Están seguros?

Oficial 1.- No hay la menor duda. Encontramos documentos comprometedores, y otros indicios. Aquí está todo a su disposición. *(Le alcanza unos papeles)*

Artigas.- *(Luego de echarles una ojeada rápida)* Tráiganlos a mi presencia. *(Salen sin demora los oficiales)* España no nos deja respiro. Todavía la revolución no está bastante consolidada. No podemos ser blandos.

(Entran guardias trayendo a los españoles a rastras. Quedan enfrentados a Artigas, sin decir palabra).

Artigas.- *(Los examina cuidadosamente)* ¿A qué se dedica usted?

Español 1.- Soy importador de productos de la Metrópoli.

Artigas.- ¿Y usted?

Español 2.- Ganadero.

Artigas.- ¿Y usted?

Español 3.- Saladerista.

Artigas.- ¿Viven todos en Montevideo, por supuesto? *(Asienten)* Bien sé que Montevideo es un foco de conspiradores. Y que el Cabildo es demasiado condescendiente con los que nos atacan. *(Le tiende un papel a uno de los tres)* ¿Reconoce este documento como suyo?

Español 1.- Sí, señor. Lo escribí de mi puño y letra, pero....

Artigas.- *(Sin oírlo, hace lo mismo con un segundo español y con el tercero)* ¿Ustedes se dan cuenta de lo que esto significa?

Español 2.- Señor, somos españoles. Nosotros somos fieles a nuestro soberano, y es natural que...

Artigas.- Si hubieran seguido trabajando en paz, nadie los hubiera molestado. Pero atacarnos solapadamente... Debieron saber que quienes lo hicieron...

Español 3.- Señor, apelamos a su reconocida benevolencia. Le prometemos cooperar con nuestros bienes al arraigo definitivo de su... Revolución.

Artigas.- Lo que ustedes han cometido es un crimen que no puede repararse.

Español 1.- Señor, tenemos familia, hijos... Mándenlos a prisión, expúlsenos de la Provincia, pero no nos prive de vivir.

Español 2.- Usted no es Dios para disponer de nuestras vidas. Sólo El puede hacerlo.

Artigas.- No, ciertamente yo no soy Dios... Qué fácil debe ser todo para él: reconocer con certeza lo justo y lo injusto. *(Al Oficial)* Llévenlos de aquí. *(Los sacan de mala manera. Dirigiéndose a otro Oficial)* Y envíen sin demora un oficio al Cabildo de Montevideo previniéndole que de repetirse estos hechos, yo mismo bajaré a recordarle sus deberes a ese Cabildo timorato. *(Sale el Oficial. Artigas queda absorto unos momentos. Le habla al Franciscano)* No crea usted que me era nada fácil tanta severidad.

Franciscano 1.- Demasiado sé que no. ¿Pero podía hacer otra cosa?

Artigas.- Perdonarlos... Darles la libertad, devolverlos a sus familias... Después de todo, yo... Créame, Padre: fue muy duro mandarlos a la muerte.

(Poco después, entra el Padre de Artigas, con aire apesadumbrado).

Artigas.- *(Yendo afectuoso a su encuentro)* Padre, ¿qué te ha hecho venir hasta tan lejos? Algo grave debe ser, cuando olvidaste tus achaques.

Padre.- Poco importan mis achaques, hijo. Sí me importa nuestra familia. Tu madre, tu esposa, tus hijos.

Artigas.- ¿Qué pasa con ellos?

Padre.- Nada bueno. Tu mujer ha empezado a dar señales de no estar por completo en su cabales.

Artigas.- ¿Qué dices...?

Padre.- Deambula noche y día por la casa; clama por ti; habla con el aire. Dice que nunca la visitas, que te importa más la guerra que su felicidad.

Artigas.- La muerte de nuestros dos hijitos fue para ella un golpe demasiado fuerte.

Padre.- Tampoco tu madre está bien. Porque debes saberlo: estamos a punto de perderlo todo. Nuestras propiedades, nuestros bienes, han quedado diezmados por la guerra.

Artigas.- ...por la guerra que yo llevo adelante.

Padre.- Tu madre está aterrada: la espanta la miseria.

Artigas.- Dile que no tema. Yo sabré reparar la situación. Pronto tendrás noticias. Conforta a mamá. Y en cuanto a Rosalía, asegúrale que iré a verla prontísimo... no bien esta guerra me lo permita...

(Se abrazan. El Padre se retira. Artigas queda absorto unos momentos).

Artigas.- *(Hablando como para sí)* Reparar a los míos... Dicen que soy el hombre más poderoso de la Provincia; que nadie puede oponerse a una palabra mía. Muy bien; me bastará entonces con disponer de algunos bienes que pertenecieron a españoles traidores, y transferírselas a mis padres. ¿Quién me lo reprocharía? *(Parece perplejo un momento)* Sólo que...*(Como hablando consigo mismo)* Tendría que decir que no me atrevo!... Sólo el Cabildo de Montevideo podría disponerlo. ¿Por qué no me atrevo a hacer por mí mismo lo que tan justo es...? *(Leve sonrisa)* El hombre más poderoso de la Provincia... ¡no se atreva! *(Medita un momento. A Franciscano 1)* Mire usted: tal vez ese freno interior provenga de mi madre. Ella me inculcó esta clase de deberes ya desde muy niño. Lo hablábamos tantas veces... La pobre acaba de morir hace bien poco, pero yo la sigo escuchando como si la tuviera frente a mí...

(Aparece la figura de la Madre, que se sienta imperturbable en un sillón).

Artigas.- ¿Dónde estás ahora?

Madre.- Muy cerca. Muy lejos.

Artigas.- ¿Extrañas nuestro mundo?

Madre.- No he dejado ni un momento de estar allí.

Artigas.- ¿Nos ves? ¿Puedes reconocernos?

Madre.- Es más que verlos: soy cada uno de ustedes, momento a momento.

Artigas.- ¿Puedes cambiar nuestros actos?

Madre.- Puedo rogar para que sean rectos.

Artigas.- ¿Y cuando nos equivocamos? ¿cuando no somos lo que tendríamos que ser?

Madre.- Es como una herida que se me abre.

Artigas.- ¿Hablas con Dios?

Madre.- Nunca dejé de hacerlo, desde niña.

Artigas.- ¿Te contesta?

Madre.- Siempre me contestó.

Artigas.- Pero ahora, te pregunto. Ahora, que estás ahí.

Madre.- Igual que siempre.

Artigas.- ¿Lo has visto, lo ves alguna vez?

Madre.- Es más que verlo. No entenderías.

Artigas.- ¿Eres feliz, entonces...?

Madre.- Aquí soy lo que soy.

Artigas.- En el mundo nuestro, ¿eso no es posible?

Madre.- Allí tienes que ser tú, lo más que puedas.

Artigas.- ¿Yo lo soy?

Madre.- Eso lo sabes tú solo.

Artigas.- ¿Y si no lo veo claro?

Madre.- Nadie puede aclarártelo.

Artigas.- Necesito que me contestes, Madre: ¿quién soy yo? ¿he hecho lo que debo?

(La Madre permanece callada, sin dejar de mirarlo)

Artigas.- Madre, te lo suplico: contéstame. No me dejes solo.

(La oscuridad va envolviendo la figura materna)

Artigas.- Nunca debiste irte de mi lado.

Madre.- *(Sin que ya se la vea)* Nunca me fui.

Artigas.- ¿Nos encontraremos después?

(Silencio absoluto. Artigas queda unos momentos ensimismado)

Artigas.- La mejor lección que recibí de ti es que las cosas de este mundo no están para que nosotros las usemos. Están... porque están, porque son ellas mismas... «¿Qué es todo esto?», se preguntaba mamá muchas veces. «¿Para que están las cosas y los seres?». Nunca supo contestarlo.

(Entran intempestivamente dos soldados, trayendo de a rastras a un indio en calidad de preso. Lo arrojan a los pies de Artigas.)

Soldado 1.- Eran cuatro charrúas. Asaltaron una estancia. Le prendieron fuego. Los otros huyeron. Asesinaron a un hombre.

Artigas.- *(Les hace una señal de que se retiren. Luego de observar al indio con algún detenimiento)* ¿Y tú?... ¿No eres acaso el hijo mayor del cacique Guitabuyabo? Usa tu idioma para hablarme. Lo conozco tan bien como tú. Yo fui muy amigo de tu padre. Me dolió mucho su muerte.

Indio.- Su asesinato. Lo mataron unos soldados españoles que vinieron a arrebatarnos el ganado.

Artigas.- Es cierto. Tu padre se defendió hasta el final, como el guerrero corajudo que era.

Indio.- No le sirvió de nada. *(Breve silencio)*

Artigas.- En cuanto al asalto de esta estancia, ¿qué tienes que decir?

Indio.- Que así fue. Pero yo no maté al hombre ése.

Artigas.- ¿Por qué lo mataron?

Indio.- Porque nos persiguió con una carabina. Nos tiró varios tiros. No nos quedó más remedio.

Artigas.- Pero reconoces que estuviste en el asalto y el incendio de la estancia...

Indio.- Necesitábamos ganado. Ya no nos queda nada. Nos persiguen. Se quedan con todo.

Artigas.- Hoy la Campaña es una guerra. Pero una guerra que van a perder ustedes, ¿no se dan cuenta? Los hacendados más poderosos piden mano dura. Ahora nos exigen que los exterminemos a todos. O que los metamos en un barco y los larguemos en un lugar desértico, ¿sabías?, bien lejos de aquí.

Indio.- ¿Y por qué no nos dejaron vivir en paz? Estas tierras eran nuestras. Pero vinieron ellos, y nos echaron de nuestros lugares, y nos corrieron, y nos mataron en cantidad, y aquí se instalaron. ¿Podíamos quedarnos de brazos cruzados?

Artigas.- Yo quise que al menos les dieran tierras en otra parte para que las pudieran trabajar en paz. Pero ellos son sordos y se creen los dueños y señores. Por eso les van a seguir sacando a ustedes más y más tierras, y quedándose con el ganado que puedan.

Indio.- ¿Qué podemos hacer, sino atacarlos del único modo que sabemos?

Artigas.- Tengo miedo, ¿sabes? Miedo de que algún día aparezca algún poderoso jefe blanco al que los hacendados puedan comprar para que termine de arrasarlos a ustedes... Ahora levántate. Me duele mucho, pero tengo que mandarte preso.

Indio.- ¿Usted?... ¿Mandarme preso? ¿Usted, amigo de mi padre?

Artigas.- No tengo más remedio. Es mi deber. Tengo que obedecer lo que me mandan.

Indio.- ¿Pero es que en estas tierras hay alguien más fuerte que usted?... *(Con angustia)* Al menos déjeme escapar. Quiero volver con los míos.

Artigas.- Lo más que puedo prometerte es que te tratarán con benevolencia. No te darán tormento.

(Llama hacia afuera. Entran los dos soldados. A una orden de Artigas se llevan al indio, que mira a Artigas con mirada despreciativa. Artigas queda sumido en honda aflicción. El Franciscano se le acerca, amistoso)

Franciscano 1.- ¿Qué otra cosa podía hacer usted? Cumplió una vez más con su famoso deber...

(Se oscurece levemente la escena. Aparece algo difusa la figura de Rosalía, deambulando un poco sin ton ni son. Será obvio que en ningún momento le habla directamente a Artigas, porque está como en otro plano de la realidad)

Rosalía.- ¿Dónde estás tú?... ¿Por qué siempre disolviéndote en el aire?... ¿Por qué no vienes a hablarme como tú sabes hacer?... Esa galanura, esa gracia tan tuya... Yo soy de poco reír, pero no recuerdo mejores risas mías que las que tú me hiciste salir de dentro de mi cuerpo... *(Ensombreciéndose)* Mi cuerpo... tan vacío, tan desierto... que nunca sabe adónde va ni de dónde viene, y que lo único que sabe hacer el muy tonto es esperar tu suavidad, tu calor... *(Pausa sombría)* ¿Por qué no entras de golpe por las ventanas abiertas? Como si fueras un ventarrón de estar vivos... ¿Para qué sirve el mundo, si no? ¿Qué somos?

(Ha aparecido en la penumbra la figura de Melchora Cuenca, que se acerca sigilosa a Rosalía. Esta advierte su presencia y la mira con recelo. Artigas se pone de pie y presenciara la escena sin intervenir para nada)

Rosalía.- ¿Qué hace allí? ¿Quién es usted?

Melchora.- Me llamo Melchora Cuenca. Me dicen «la Paraguaya».

Rosalía.- Ah... ¿usted? *(La mira con detenimiento)* Ya me llegaron mentas tuyas.

Melchora.- Ya veo que el viento no descansa.

Rosalía.- Le ruego que se retire. Nada tengo que hablar con usted.

Melchora.- No vengo en son de guerra, le aseguro.

Rosalía.- Su solo nombre es guerra en esta casa.

Melchora.- Debiera estarme agradecida, sin embargo.

Rosalía.- ¿Agradecida?... A mi esposo lo tiene usted mucho más que yo. El conoce su cuerpo más que el mío.

Melchora.- Mi cuerpo... Con su señor marido la Paraguaya aprendió cosas nuevas, que no tienen nada que ver con el cuerpo. Miro por él noche y día. Que no le falte nada. Que no vaya a enfermarse. Y si se enferma, que tenga alguien al lado que lo asista.

Rosalía.- Cállese. Ese sería el papel de una esposa. ¿Cómo llamarla a usted?

Melchora.- ¿Qué importan los nombres? Déme cualquiera, el que se le ocurra. Yo sé lo que soy.

Rosalía.- ¿A qué ha venido?

Melchora.- El me habla siempre de usted. No hay día que no la nombre.

Rosalía.- Pobre de mí.

Melchora.- Eso mismo dice él: «Pobre Rosalía».

Rosalía.- No me gusta que me tenga lástima.

Melchora.- Remordimientos: eso es lo que tiene. Muchas veces me dice: «¿Cómo me di cuenta que la iba a hacer una desgraciada? ¡Qué equivocados fuimos al elegimos!»

Rosalía.- Siempre temí que me hubiera elegido por lástima.

Melchora.- A usted la quiere muy de verdad.

Rosalía.- ¿Qué sabe usted de sus sentimientos? Las palabras no quieren decir nada. *(Severa)* Ya la he escuchado bastante. Ahora retírese.

Melchora.- El se enojará conmigo si no le transmito el mensaje que le envía.

Rosalía.- ¿Su mensaje? ¿Qué mensaje?

Melchora.- Ya se lo dije: que la quiere muy de verdad. Como mujer, no me hace gracia decírselo; pero yo no espero nada de él.

Rosalía.- Se conforma con tenerlo día y noche.

Melchora.- ...con ser su asistente. Su soldadera. Eso me basta.

Rosalía.- Terminemos aquí. Me retiro. *(Va a hacerlo)*

Melchora.- ¿Ningún mensaje para él?

Rosalía.- *(Duda un momento)* Que lo quiero más que a nada en el mundo. Que estoy demasiado sola.

(Se retira. Melchora se vuelve lentamente hacia Artigas)

Melchora.- Ese fue su mensaje para ti: que está muy sola, muy sola, muy sola...

Artigas.- Pobre Rosalía. ¡Qué mal nos elegimos ella y yo!

Melchora.- No le dije que tú te pasabas repitiendo eso. Tuve miedo de hacerle daño.

Artigas.- Tal vez ella piense lo mismo de mí: «¿para qué lo habré elegido?», dirá ella... ¡Esa fragilidad

suya!

Melchora.- Tampoco le dije que tú te casaste con ella sin ningún amor, por lástima pura, por verla siempre tan corta, tan desasistida...

Artigas.- ¿Qué sabes tú de lo que no sé yo?... No me canso de decirlo: pobre Rosalía, prima querida. Pero hasta el día de hoy soy incapaz de desenredar mis sentimientos. (*Dirigiéndose a Melchora, con afecto*) Te agradezco todo lo que me cuentas. Eres mi buena compañera.

(*Se esfuma la figura de Melchora. Artigas se vuelve hacia Franciscano*)

Artigas.- ¿Usted me habría absuelto? Ese adulterio de tanto tiempo...

Franciscano 1.- Absuelto no lo sé. Pero lo habría entendido.

Artigas.- No fue el único caso... Hubo muchas otras.

Franciscano 1.- Lo descontaba. Un hombre en sus circunstancias...

Artigas.- Siempre fue muy fuerte mi inclinación por las mujeres.

Franciscano 1.- ...y de ellas por usted.

Artigas.- Eso no lo sé. Creo que más que nada las deslumbraría mi posición.

Franciscano 1.- ¿Se arrepiente...?

Artigas.- Nada, para serle franco.

Franciscano 1.- (*Indulgente*) Entonces asuma la responsabilidad de su conducta. Y no me pida la bendición...

(*Artigas mira hacia afuera en actitud expectante. Su gesto se endurece*)

Artigas.- Las campanas del mundo vuelven a sonar...

(*Aparecen tres Delegados Provinciales. Lo saludan con respeto*)

Delegado 1.- Somos delegados de nuestras provincias. Venimos a hacerle una proposición.

Delegado 2.- Buenos Aires quiere someternos, quedarse con lo mejor que producimos. Terminará adueñándose de nuestras riquezas.

Delegado 3.- Por eso pensamos que todas debemos unirnos para hacerle frente.

Delegado 1.- Unirnos será la única barrera para oponernos a sus designios.

Delegado 2.- General: nosotros hemos seguido con atención sus palabras y estudiado sus actos.

Delegado 3.- Pensamos que usted es la única figura que puede encarnar ese propósito que es de todos.

Delegado 2.- Si usted se pusiera al frente de una Liga de provincias coaligadas...

Delegado 3.- Si nos juntamos, Buenos Aires no podría contra todos nosotros.

Artigas.- *(En aparte)* Vuelven a sonar las campanas del mundo. ¿Pude rehusarme? ¿Negarme a un proyecto que a mí me importaba más que ningún otro?...

Delegado 1.- Esperamos su respuesta. Que el Señor lo ilumine.

(Saludan y se retiran)

Artigas.- *(A Franciscano I)* Pero la empresa no fue, no, nada fácil. Buenos Aires no dejó de intrigar para dividirnos y muchos caudillos provinciales terminaron traicionándonos. Además se llegó a la ignominia de azuzar a Portugal para que invadiera nuestra Provincia. Y así ocurrió finalmente.

(Artigas queda absorto un largo momento. Se escuchan crecientes ruidos bélicos)

Artigas.- Aquella derrota, aquel final... *(A Franciscano I)* Tal vez usted no lo supo, pero el ejército portugués tenía los mejores armamentos y venía fogueado de luchar en Europa contra Napoleón. ¿Qué podíamos oponerle nosotros?... *(Reaccionando con fiereza)* ¿Qué podíamos? ¡La bravura de nuestros paisanos! *(Dando órdenes en todas direcciones)* Que todos los vecinos se presenten con lo que tengan a mano: carabinas, pistolones, lanzas, sables, facones, hachas, no importa qué... Los portugueses aprenderán de qué somos capaces.

(Entra una mujer desgreñada y violenta. Se dirige directamente a Artigas)

Mujer.- Herminio es tu amigo desde niños. Un hombre de paz, incapaz de matar una mosca... Quisiera que lo vieras ahora: ¡se me ha convertido en un jaguar! No hace más que buscar tenazas, rastrillos, palas, azadas, sartenes, ollas, bacinillas, ¡hasta mis tijeras para enrularme el pelo quiere llevarse! Todo lo mete adentro de una bolsa y se despide de mí a cada rato. Y me mira con unos ojos de loco que jamás le había visto. *(Dirigiéndose a Artigas)* No me vayas a mentir: ¿no se habrá extraviado su mente de tanto vivir conmigo? *(No se dejará de percibir la dimensión humorística implícita en esta pregunta de la mujer)*

(Entra un Oficial. Parece apesadumbrado)

Artigas.- ¿Qué noticias traes?

Oficial.- Malas, mi General. Hemos sido batidos una vez más. Otra batalla perdida. Y ahora me parece que... *(Calla)*

Artigas.- *(Con furor contenido)* Te parece ¿qué?

Oficial - ...que no hay forma de seguir, mi General. Nuestra gente está extenuada. Los paisanos son coraje puro... pero caen como moscas.

Artigas.- ¡Que nadie hable de rendirse! ¡Debemos seguir la pelea, cueste lo que cueste!

Oficial.- Ya casi no nos queda gente. Pronto habrá que llamar a las mujeres y a los niños para que... vayan ellos también a morir.

(Cae un pesado silencio)

Artigas.- ¿Cuántas bajas tuvimos esta vez?

Oficial.- Más que ninguna otra. No podríamos contarlos. Centenares.

Artigas.- ¿Heridos?

Oficial.- Muy pocos. Casi todos murieron. Convéznase, General: sólo nos queda escapar los que podamos. Ni siquiera una retirada en forma. Una desbandada apenas... mientras haya tiempo.

(Dos hombres pasan llevando una camilla, donde se ve un cuerpo tendido. La Mujer se acerca a mirarlo, y lanza un alarido, espantada. Los hombres de la camilla siguen viaje, hasta salir de escena)

Mujer.- *(Aterrada)* ¡Herminio! ¿Qué te han hecho, hombre mío?

(La mujer sale, angustiada, detrás de la camilla)

Artigas.- *(Sombrio)* Siempre fue como un hermano para mí...

Franciscano 1.- Rezaremos por él cuanto sea necesario.

Artigas.- Sus heridas son graves. Me bastó mirarlo. ¡Que Dios se apiade de él!

Franciscano 1.- El Señor nos escuchará.

(Se oye el redoble de una campana fúnebre. Artigas y el Franciscano se miran, desolados)

Artigas.- Murió esa misma noche...

Franciscano 1.- Dios lo tenga en la gloria.

(Después de un momento, se ve entrar a la Mujer con paso apesadumbrado. Va directamente hacia Artigas y le habla con desprecio)

Mujer.- ¡La patria...! La patria éramos él y yo... ¡juntos! Ahora no me queda ni hogar, ni vida. Todo se ha terminado.

Artigas.- No lo olvides: fue un héroe verdadero...

Mujer.- Juro que no entrarás más en nuestra casa.

(Sale, abrumada. Artigas queda terriblemente dolorido. Larga pausa acongojada. Artigas se dispone a escribir una carta)

Artigas.- «Mi querido José María: a ti, como mi hijo mayor, te escribo esta carta desde el Durazno para noticiarte de que, ahora sí, he sido derrotado y ya no tengo forma de seguir peleando. Me dispongo a abandonar nuestra Provincia, tal vez para siempre. Te envío los pocos patacones que me quedan. Una parte será para la paraguaya Melchora, que me ha acompañado tanto, pero que no marchará conmigo al destierro. Te recomiendo también que mires por los viejos servidores de nuestra

casa. En especial, que a doña Rosa y a doña Nicasia no vaya a faltarles nada, y preocúpate de que el Tío Nicolás tenga siempre para sus vicios. No importa que ya estén inservibles a causa de la vejez. Mira por ellos, y esto es lo que con más ahínco te recomiendo...»

(Larga pausa. Artigas queda ensimismado con gran dolor)

Franciscano 1.- Quizás eso sí haya que reprochárselo, General. Su tosudez inútil costó mucha sangre oriental. ¿Y de qué sirvió? Todo terminó en tremenda derrota y usted no tuvo otro camino que el destierro: internarse en Paraguay, donde sabía que el que allí manda, Gaspar Rodríguez de Francia, a quien le dicen el Supremo, no lo iba a recibir bien.

Artigas.- Me teme, porque sabe que tengo muchos amigos paraguayos y podría levantarlos contra él.

(El Franciscano 1 va hacia Artigas.)

Franciscano 1.- Por suerte, le han permitido internarse en el Paraguay con un puñado de sus partidarios. No se sentirá tan solo. Sepa que yo estaré siempre junto a usted, aunque sea mirándolo desde lo alto.

Artigas.- Cuando esté en Paraguay, me acompañarán mis inacabables preguntas. ¿Quién me ayudará a contestarlas?

Franciscano 1.- Usted mismo. Usted solo.

Artigas.- Procure iluminarme. Usted, que me conoce como nadie y que me sigue los pasos... talmente como si fuera Dios.

(Se abrazan sobriamente. Franciscano 1 se retira emocionado. Sobreviene una larga pausa desolada.)

(Entra un Funcionario del Gobierno paraguayo)

Funcionario.- General: traigo órdenes directas del Supremo. Dice que no podrá recibirlo por el momento. Que pronto decidirá su destino. Mientras, usted se albergará en el Convento de la Merced.

(Sale el Funcionario. Artigas se vuelve lentamente hacia el Franciscano 2, que entra con paso amable. Es el Superior del Convento. Se saludan)

Franciscano 2.- Reciba nuestra hospitalidad. Aquí no le faltará nada.

Artigas.- *(Sonriendo)* Mi tierra, mis paisanos, mis luchas: ¿le parece poco faltar?

Franciscano 2.- Paraguay es hospitalario. El Excelentísimo señor Presidente no demorará en fijarle destino. Será generoso con usted. Aquí todos lo respetan.

Artigas.- El Excelentísimo me respeta, pero le molesta mi presencia. Lo único que pido de él es que me permita volver a mi Provincia: mi obra ha quedado injustamente tronchada.

Franciscano 2.- No es fácil que lo haga: ni Portugal ni Buenos Aires se lo perdonarían. Usted es el

verdadero enemigo de esos dos poderes.

Artigas.- Nunca busqué serlo. Yo sólo me siento enemigo de lo que no me parece justo.

Franciscano 2.- Eso mismo es lo que no perdonan los injustos. *(Pausa)* Le pido que se sienta en esta casa como en la suya. Para nosotros es un honor tenerlo aquí.

(Artigas y el Superior se sientan apaciblemente).

Artigas.- Otros franciscanos me enseñaron en la infancia las cosas principales de este mundo. Qué agradecido les estoy. ¡Cómo me hubiera gustado que usted conociese al hermano Zacarías! Era un franciscano, como usted... Enseñaba en el Colegio de Montevideo, donde me eduqué.

Franciscano 2.- Veo que conserva un buen recuerdo de él.

Artigas.- El mejor. Y no porque fuera inteligente, no. Pero con él aprendí cosas que no se me borraron nunca más.

Franciscano 2.- Entonces era supremamente inteligente...

Artigas.- Enorme, bonachón, hermano grande de todos nosotros, este Zacarías veneraba a San Francisco y procuraba imitarlo en todo. A nosotros nos resultaba difícil imaginar al santo de Asís metido en aquel corpachón saludable, tan amigo de los buenos vinos y de los mejores asados. Pero él no hacía caso y todo lo resolvía a la manera de su venerado santo, poniendo el término «hermano» delante de las cosas que más le apetecían: «hermano garnacha», «hermana morcilla»... *(Ríen)*

Franciscano 2.- Sigo sin ver qué pudo enseñarle ese hereje a un niño como usted...

Artigas.- Me enseñó que las cosas de este mundo, si las recibimos con sanidad de corazón, son buenas y santas, y no pueden dañar el alma. ¿Le parece poco?

Franciscano 2.- *(Riendo)* ¡Me parece demasiado!

Artigas.- Ya ve: mucho antes que la inteligencia, valoro las cosas que nos empujan a ser nosotros mismos, así vengan de los sentidos o del cuerpo. Y estoy seguro de que Dios está de acuerdo conmigo...

Franciscano 2.- Me tapo los oídos... Pero todavía estoy a tiempo de enmendarlo.

Artigas.- Pues apúrese, que ya me queda poco. De lo contrario me iré de este mundo diciendo, como mi San Zacarías: «hermano garnacha», «hermana morcilla»... *(Ríen)*

(Entra el mismo Funcionario que entrara anteriormente)

Funcionario.- General: el Supremo ha decidido cuál será su destino. Prepare sus cosas. Deberá acompañarme.

(Artigas se pone de pie, no sin emoción)

Artigas.- *(Al Franciscano 2)* Fueron hermosos los meses que pasé con mis hermanos franciscanos en

este Convento.

Franciscano 2.- *(Al funcionario)* ¿Adónde lo trasladan?

Funcionario.- A un pueblo apartado, donde se radicará. El Superior gobierno le ha concedido una casa y un huerto. El General podrá moverse allí con entera libertad. *(Mirándolo con severidad)* Será inútil que piense en escapar: nosotros lo sabríamos al instante y en ese caso no espere la menor indulgencia. Por lo demás, dos ríos y una selva espesa son sus más seguros guardianes...

(Desaparecen el Funcionario y Franciscano 2. Artigas queda en medio de la soledad más absoluta. Mira con detenimiento la habitación)

Artigas.- ¡Mire si va a ser mi casa, ésta! Baldía... sin sangre... la cáscara que envolverá mis días, pero no por mucho tiempo. Mientras me traían, no dejaba de observar los lugares que me permitirán escapar. No es fácil, no. Hay gente apostada aquí o allá, muy disimuladamente. Pero he visto picadas, recovecos donde esconderme. Viajaré de noche, como aprendí a hacerlo allá desde muchacho... *(Sonríe, burlón)* ¡Este don Supremo!: me ha donado una huerta para que la trabaje. ¡Yo, convertido en un labriego! Inclinado sobre la tierra, recogiendo verduras de sol a sol...

(Se escucha de fuera un par de palmadas).

Artigas.- ¡Adelante! Las puertas de esta casa están siempre abiertas.

(Entra una vecina, doña Laurinda. Se saludan)

Artigas.- ¿Qué la trae por acá, doña Laurinda?

Laurinda.- Hacerle una pregunta. En el pueblo se ha corrido la voz de que usted es medio mano santa, y que trae un montón de recetas de allá, de sus tierras.

Artigas.- *(Sonriendo, sorprendido)* ¿Yo, mano santa?... Para decirle la verdad, he hecho despachar a más gente que la que sané. Soy un guerrero, no un médico.

Laurinda.- Mi hijo más chico está mal. Arde de fiebre y no puedo bajársela con nada.

Artigas.- ¿Y por qué no llama al médico?

Laurinda.- ¿Médico? En este pueblo hay uno solo que pasa cada tres meses. Curanderos hay dos, pero no me trato con ellos. Y como no me quieren nada, capaz que me lo matan al enfermito.

Artigas.- ¿Y qué quiere que haga yo?

Laurinda.- Que me lo venga a ver. Que traiga alguna de esas recetas indígenas que dicen que usted tiene. De repente le sirven.

Artigas.- Recetas indias de mi provincia, no me queda ninguna en la memoria. Cristianas, puede ser. Pero ya medio borrosas.

Laurinda.- ¿No le digo?... Venga, venga. La mitad del pueblo está a las puertas de mi casa, esperando que usted llegue. Todos dicen que usted es medio sabio...

Artigas.- ¿Sabio yo? ¡Está bueno!...

Laurinda.- No demore. La casa es a dos cuadras de aquí. Pero se va a dar cuenta por el gentío. *(Sale, apurada)*

Artigas.- ¿Qué me está pasando? Yo agricultor obligado, sabio a la fuerza, y encima curandero honorario... ¿Cuál de los tres iré a ser desde ahora?...

(Entra una chiquilina como de ocho o nueve años trayendo un envoltorio en sus brazos)

Niña.- Compermiso, don José. *(Artigas la saluda con enorme afecto)* Aquí le manda mi mamá. Lo preparamos ella y yo. Ella lo cocinó, y yo le alcancé la harina, después el azúcar... Trabajamos toda la mañana. Dice mi mamá que se lo manda para que no esté tan solo...

Artigas.- *(Con velada ironía)* Ah, cómo se acuerda de mí, santa mujer...

Niña.- ...porque usted se preocupa por todos en el pueblo. ¿Sabe cómo lo quieren aquí?

Artigas.- Ah, sí, tú crees?

Niña.- Mi mamá la primera. Al principio nadie lo quería. Todo el mundo le tenía miedo. «Lo trajeron preso», decían. «Así que debe ser un bandolero». ¡A los más chicos no nos dejaban ni mirarlo! Pero yo sí lo miraba. De atrás de los postigos, cuando usted pasaba. Y le dije a mi mamá: «No, no es un bandolero. ¿No ves cómo se parece a mi abuelo», que en paz descanse?

Artigas.- Bueno, agradécele mucho a tu mamá, y dile que en cualquier momento le voy a hacer una visita.

Niña.- Ah, no sabe lo contenta que se va a poner. Ella también está muy sola...

Artigas.- *(Otra vez con ironía)* La comprendo tan bien, pobre señora... *(Antes de despedirla)* ¿Puedo regalarte algo? Como un recuerdo mío. *(Va hasta un costado y vuelve trayendo un pedazo pequeño de rama en la mano)* Todavía soy muy torpe, pero la tallé yo mismo con el facón que usaba allá. Representa -más o menos- a un paisano de mi tierra, que allá le decimos «gaucho»...

(La niña toma la talla y la examina, encantada).

Niña.- Al principio, creí que era una vaca lechera. Pero ahora veo al gaucho clarito. A mi mamá le va a encantar...

(Le da un beso rápido a Artigas y sale alborotada. Artigas queda solo, da unos pasos erráticos. Parece melancólico. Va hasta un costado y recoge un pequeño envoltorio. Lo abre y observa su contenido. Sonríe con cierta tristeza)

Artigas.- Las primeras lechuguitas que recogí en la huerta... ¡Pero bendito sea Dios!... ¿Cuánto tiempo tendré que convivir con las cosas de acá?... Será mejor que las acaricie, que aprenda a decirles frases de ternura... *(Reacciona, poniéndose activo)* Pero no perdamos el tiempo: mire si se me marchitan los repollos... *(Se queda un momento, como intrigado)* Pero... ¿se marchitan los repollos?... Mejor será que vaya a recogerlos. *(Sonríe con tristeza)* ¡Yo, preocupado con verdulerías...!

(Se dispone a salir, activo, pero se detiene en seco. Recoge un sobre de encima de la mesa)

Artigas.- Al fin una carta de allá. Meses y meses para llegar a mis manos. *(Abre el sobre febrilmente. A medida que lee, trasunta creciente congoja)* Mi pobre Rosalía... Meses en el Hospital de la Caridad... completamente loca... Casi nadie se enteró de su muerte... En el entierro sólo la madre y un sacerdote... Un canónigo amigo tuvo que prestar cinco pesos para los gastos de sepultura... Claro: había que vengarse: nuestra Provincia en manos de los portugueses, y ella la esposa del gran enemigo...

(Se sienta, abatido)

Artigas.- Después de todo... ¿Para qué la elegí? No pudo ser más desgraciada conmigo. Algún momento de felicidad... ¡tan pocos! Yo soy el gran culpable. Le quise hacer un bien y sólo le traje fracaso y dolor... Nunca sabré si la amé o si... *(Se pone a sollozar)* Esta pérdida no me la podré perdonar nunca...

(Ha aparecido sigilosamente el Franciscano 1. Le aprieta el brazo para confortarlo. Artigas lo mira, sorprendido)

Artigas.- ¡Bendito sea Dios! ¿Cómo llegó hasta aquí?

Franciscano 1.- Eso no importa. Usted ya no estará solo.

Artigas.- ¿Estoy soñando? ¿Es un milagro?

Franciscano 1.- Tampoco importa. Escúcheme con calma. Le traigo noticias muy extrañas de su tierra.

Artigas.- ¿Qué va a decirme?

Franciscano 1.- Que su Provincia Oriental ya no existe.

Artigas.- ¿Qué dice usted?...

Franciscano 1.- Se ha convertido en un país.

Artigas.- ¿En un país...? ¿De qué me habla?

Franciscano 1.- Un país pequeñísimo, junto a sus dos vecinos gigantes.

Artigas.- ¿Y las demás provincias? ¿Se unieron contra Buenos Aires, como pensaron en un momento? ¿En qué quedó el gran país que yo propuse?

Franciscano 1.- Todas, menos su provincia, forman parte de otro país: la República Argentina.

Artigas.- ¿Y Buenos Aires?

Franciscano 1.- *(Luego de vacilar un momento)* Buenos Aires es su capital.

(Artigas muestra un enorme desconcierto. Ha quedado alhelado, como si le costara entender; no sabe qué decir).

Artigas.- La Provincia Oriental... ¿un país? ¿Un país separado, quiere decir?

Franciscano 1.- Así es.

Artigas.- Pero entonces... Todas mis luchas... toda la sangre que se derramó, ¡que yo hice derramar!...

Franciscano 1.- Descanse. No tiene sentido torturarse.

Artigas.- *(Irguiéndose)* ¡Debo volver cuanto antes! Si yo hubiera estado allá, si estuviera ahora...

Franciscano 1.- Ya es tarde. Todo está consumado. Descanse, se lo ruego.

Artigas.- ¿Pero nadie levantó mis banderas? ¿Y mis tenientes? ¿Qué ha sido de mis tenientes?

Franciscano 1.- Debo decírselo: sus tenientes reniegan de usted con la mayor violencia. Lo culpan de todo.

Artigas.- ¿Ellos? ¿Ellos?...

Franciscano 1.- ...y uno de ellos es el Presidente del nuevo país.

Artigas.- ¡Basta! ¡Basta, se lo ruego!

(Queda abrumado, con la cabeza entre las manos. Largo momento acogojado. Se lo nota fuertemente sacudido por la emoción. Se ha hecho la noche)

Artigas.- *(Luego de una pausa reflexiva, le habla al Franciscano 1, que ha quedado en un aparte)*
¿Sabe usted?... Siento que los años me van pesando.

Franciscano 1.- Los años... ¿Por culpa de los años fue que no quiso volver a su país, cuando vinieron a invitarlo a regresar en nombre de su Presidente...?

Artigas .- Mi Presidente... mi país... ¿Qué tengo yo que hacer allí? ¡Todo mi paisaje está cambiado! No sabría ni cómo hablarle a la gente... si es que la gente se acuerda un poco de mí. *(Medita un momento)* ¿Sabe lo que voy descubriendo? Que al fin y al cabo, ahora éste se va volviendo casi mi pago... *(Con dolor)* Es inútil: tengo que ir entendiendo... ¡que yo ya no soy yo! Soy un trasto viejo. Pronto me meterán en una caja de zapatos y me arrumbarán...

(Se pone a prepararse el mate. Irrumpe doña Joaquina, que saluda con alboroto a Artigas.)

Joaquina.- ¡Don José, don José! Me parece que le traigo muy buenas noticias.

Artigas.- La falta que me hacen. Sea entonces doblemente bienvenida, mi querida Joaquina.

Joaquina.- Acaba de llegar mi hermano que, como usted sabe, trabaja en la capital. Y me ha contado algo que tiene soliviantado a todo el mundo... y que a lo mejor lo solivianta a usted también...

Artigas.- A mí ya es difícil que algo me solivianta...

Joaquina.- Ha de saber que, según dicen todos en la Capital, el Supremo ha caído enfermo, y al parecer enfermo de cuidado.

(Artigas queda fuertemente impactado, aunque trata de que no se note)

Artigas.- Rumores... Lo prudente es esperar.

Joaquina.- ¿Pero no lo solivianta la noticia?

Artigas.- Hace quince años hubiera lanzado las campanas al vuelo: se me abría un montón de esperanzas.

Joaquina.- Ahora puede significar su libertad, el retorno a su tierra... ¿No era lo que tanto deseaba?

Artigas.- Era, sí, era... hasta hace algún tiempo.

Joaquina.- ¡Cuántas veces me lo dijo en nuestras charlas interminables!: su sueño era volver.

Artigas.- *(Atribulado)* Pero ahora ese volver se me ha llenado de preguntas.

Joaquina.- Pues rece, hombre, rece. Prometo no contarle a nadie que usted está rezando por la muerte del Supremo. Pero ahora debo seguir viaje: pienso repartir la novedad por todas las casas del pueblo. Nadie lo hace mejor que yo.

(Sale. Artigas queda pensativo y le habla al Franciscano 1).

Artigas.- ¿Qué piensa usted?

Franciscano 1.- Que no es bueno ilusionarse. Usted mismo lo ha dicho: esperar es lo prudente.

Artigas.- Pero la mente se pone a galopar. ¿Quién le pone freno? De pronto me parece que aquel Don José que yo era allá, está como queriendo resucitar...

Franciscano 1.- Pero ahora ¿cuál es usted? ¿aquél de allá, o éste de acá?

Artigas.- Si lo supiera... Si supiera quién soy! *(Pensativo)* Debo prepararme... para no sé qué.

(Larga pausa silenciosa. De pronto, con timidez y sigilo, comienzan a aparecer los pobladores, cada uno con un envoltorio o alguna forma de ofrenda, que van disponiendo alrededor de Artigas)

Poblador 1.- Ya todos lo sabemos: usted está pensando otra vez en que a lo mejor puede recuperar su libertad y volver a su tierra. Nosotros no lo vamos a detener; pero queremos que sepa que lo vamos a llorar.

Poblador 2.- A mí me enseñó a cultivar mi pedacito de huerto, que no me rendía nada.

Poblador 3.- A mí me trajo de comer todos los días cuando estuve enferma.

Poblador 4.- A mí, con sus consejos, me enderezó a un hijo que estaba a punto de torcerse.

Poblador 5.- A mí me salvó el matrimonio cuando me volaban ciertos pájaros en la cabeza...

Poblador 6.- A mí supo traerme conformidad cuando perdí a mi hija más chica.

Poblador 1.- Nunca atacó a nadie, nunca se burló de nadie.

Poblador 2.- Siempre de buen humor, y tomándose sus buenas garnachas, y comiéndose sus mejores morcillas...

Poblador 3.- Por eso queremos dejarle nuestras ofrendas, cada uno la suya, todas muy humildes, pero todas muy sinceras.

(Saludan con devoción y cortedad y se van retirando. Queda sólo una muchacha, que no se ha movido de su sitio).

Artigas.- *(Mirándola sorprendido)* ¿Y tú? ¿Por qué te quedaste?... *(Ella calla. El le examina el rostro con detenimiento)* Es sorprendente: tienes los mismos rasgos que... ¿Cómo te llamas?

Muchacha.- Me llamo Rosalía.

Artigas.- *(Impactado)* ¿Qué dices?

Muchacha.- Soy una campesina simple de este lugar. Me habían hablado de usted, pero nunca lo había visto.

Artigas.- Me asombra mirarte. La mujer que yo tuve se llamaba, como tú, Rosalía.

Muchacha.- No lo sabía.

Artigas.- ¿Por qué te quedaste? ¿Qué quieres decirme?

Muchacha.- No lo sé. Verlo de cerca, tal vez. Escuchar sus palabras hablándome a mí sola. Usted no es como todos los hombres.

Artigas.- ¿Qué sabes tú cómo soy?

Muchacha.- Me basta mirarlo. No sé lo que me pasa. Tiemblo. Voy a casarme. El mes que viene.

Artigas.- ¿Casarte?... ¿Con un poblador de acá?

Muchacha.- Un muchacho de mi edad, vecino de mi casa. Nos queremos mucho.

Artigas.- Ojalá encuentres con él tu felicidad. ¡Puede ser tan sencillo...! Si tú eres feliz, mi Rosalía también podrá serlo.

Muchacha.- ¿Vive en tu tierra?

Artigas.- Está muerta. Hace mucho tiempo. Yo le estropecé la vida.

Muchacha.- Ah... muerta... Bien me lo parecía. A veces hablo con ella.

Artigas.- ¿Qué dices?

Muchacha.- Yo me entiendo.

Artigas.- Dile que no tengo consuelo.

Muchacha.- Ya lo sabe. *(Breve pausa conmovida)*

Artigas.- Trata de entenderme: ¿puedo besarte en la mejilla? No temas: soy un viejo. Quiero que lo sepas: en ti me estoy despidiendo: de la mujer, del amor, de tantas cosas hermosas que tuve. También de Rosalía.

(Se acercan. Se besan con cierta unción ceremonial).

Artigas.- Ahora vete. Sólo tu felicidad puede reivindicarme.

Muchacha.- Fue tu Rosalía la que te besó.

(Se despiden conmovidos. Ella parte. El queda inmóvil. Se lo nota fuertemente sacudido por la emoción. Se ha hecho la noche. Irrumpe una poderosa campanada. Artigas queda expectante. Ahora las campanas doblan a muerto. Aparece un pregonero)

Pregonero.- En este día infausto se ha producido el lamentado deceso del Excelentísimo Señor Mandatario. El país entero está enlutado y llora su pérdida. En todas las ciudades y poblados del territorio nacional se harán exequias en su honor. Para sustituirlo en su cargo, se ha designado un Triunvirato Provisorio. Este Triunvirato se hará cargo del orden y la normalidad de la vida nacional. Todos le debemos nuestro más formal acatamiento, el que será jurado en la plaza principal de cada localidad.

(Se retira el Pregonero. Artigas ha quedado preocupado).

Artigas.- *(Dirigiéndose al Franciscano 1)* ¿Qué es todo esto?... Un Triunvirato...

Franciscano 1.- Quienes lo componen no dan demasiada tranquilidad... Parecen tener miedo. Y el miedo nunca es buen consejero. ¿Y usted? ¿Piensa tramitar su libertad?

Artigas.- Lo estoy pensando.

Franciscano 1.- ¿Su idea es volver a su tierra?

Artigas.- No lo sé. Me cuesta imaginarlo. Encontrarme de nuevo con los paisajes de mi infancia... con mis varios hijos, ya hombres, a quienes no conozco... *(Con amargura)* con mis «fieles» tenientes tan queridos...

Franciscano 1.- Lo importante es que, acá o allá, volverá a ser un hombre libre.

(Irrumpe de nuevo doña Joaquina, agitada como siempre)

Joaquina.- Permítame sentarme, don José. Casi pierdo el aliento.

Artigas.- ¿Qué buenas noticias me trae hoy?

Joaquina.- *(Entristeciéndose)* ¿Pues no ve hoy el color de mi vestido?

Artigas.- Cierto. No parece muy alegre, que digamos.

Joaquina.- Mi hermano, don José, mi hermano, el que vive en la capital... *(Se interrumpe)*

Artigas.- ¿Qué pasa con su bendito hermano?

Joaquina.- Me manda a decir que el Triunvirato está muy preocupado... o mejor dicho: muy asustado. Y ve conspiraciones por todas partes. Está procediendo con mano de hierro, y mandando a arrestar a mucha gente sospechosa. Y... *(Vuelve a interrumpirse)*

Artigas.- ¿Y...?

Joaquina.- Me cuesta decírselo, don José. Yo no soy buena mensajera. Pero tengo que armarme de coraje, aunque....

Artigas.- ¿Hablará de una vez?

Joaquina.- Me previene mi hermano que se están haciendo batidas en todo el país... hasta en los poblados más chiquitos, dice... y alguien le informó que aquí, en el nuestro... tienen puesta la mira en usted... ¡Ay, al fin pude decirlo!

Artigas.- ¿En mí?... ¿En este viejo inútil, que apenas puede tenerse en pie? ¡Qué cosa más ridícula! No puede ser cierto. ¡Mire si...! *(Se queda absorto unos momentos)* Tendré que esconderme, entonces; disparar como si fuera un delincuente.

Joaquina.- Yo no le ofrezco mi casa, don José, porque comprometo a mi hermano y porque... porque... usted tiene cierta fama que... ya conoce bien las lenguas de este pueblo.

Artigas.- A nadie de este lugar le pediría refugio. *(Pensando)* Pero puedo conocer algún lugar apartado que...

(Se oyen golpes imperiosos en la puerta. Artigas queda un momento perplejo, y luego va a abrir. Entra un Oficial con algunos soldados)

Artigas.- ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué los trae aquí?

Oficial.- ¿Usted es el general oriental que el Mandatario mandó recluir en este pueblo, hace ya unos cuantos años...?

Artigas.- Demasiados años. Yo soy. ¿Qué se le ofrece?

Oficial.- Tendrá que acompañarme.

Artigas.- ¿Acompañarlo adónde?

Oficial.- Sé que a la prisión. A cuál no sé.

Artigas.- ¿Qué delito he cometido?

Oficial.- Yo sólo cumplo órdenes. Prepare sus cosas. Tenemos que marchar ya.

Joaquina.- *(Indignada)* ¡Aquí todo el pueblo responde por él!

Oficial.- Le repito: tengo la orden de llevarlo. Por las buenas o por las malas.

Joaquina.- ¿Quién lo dispuso?

Oficial.- El Triunvirato. Pero no tengo por qué dar explicaciones.

Joaquina.- ¡Esto es un atropello! ¡El pueblo entero lo impedirá!

(El escenario se oscurece y se vacía. Se ha vuelto un lugar sombrío. Arrinconado, Artigas está sentado en una banqueta destartada. Se lo ve débil y muy afectado)

Artigas.- ¡Yo, en prisión! Como un malhechor vulgar. ¿Por qué no se respeta mi condición? Soy un General extranjero, asilado en este país. ¿De qué tienen miedo? ¿qué puedo hacer a mi edad? Después de veinticinco años alejado del mundo... *(Vuelven a escucharse los llantos y gemidos del principio)* Y encima este tormento... noche y día... *(Escucha los sonidos un largo momento)* Seis meses en esta pocilga. Voy a terminar perdiendo la razón...

(Se escucha el descorrerse de los cerrojos de la puerta. Artigas mira con ojos cansados. Poco después entra un militar de alta graduación, que se cuadra ante él)

Militar.- Mi estimado señor General...

(Artigas levanta la cabeza emocionado)

Artigas.- Señor General, me dice usted... Si me parece mentira. Ya se me había borrado ese tratamiento. *(Se pone lentamente de pie)*

Militar.- Debo informarle que ha caducado la gestión del Triunvirato y lo ha sustituido el Excelentísimo señor Presidente don Carlos López. El señor Presidente ha decretado de inmediato su libertad, y le pide disculpas por las molestias y malentendidos que ha debido padecer. Desde este momento, usted podrá disponer lo que desee: trasladarse sin ninguna traba por todo el territorio nacional, quedarse en el país o regresar al suyo, si lo prefiere.

Para el caso de resolver quedarse entre nosotros, como sería el deseo del señor Presidente, él lo invita a radicarse en un solar muy próximo a Asunción, donde usted podrá residir todo el tiempo que lo desee. Y además le ruega que acepte el cargo de instructor del ejército nacional. Sería un honor muy grande contarle en nuestras filas.

(Artigas ha quedado muy conmovido con estas palabras. Poco a poco parece transformarse. Empieza a recuperar su dignidad y gallardía)

Artigas.- Hágame llegar mi más vivo agradecimiento al señor Presidente. No se imagina cuánto valoro y aprecio su actitud. En cuanto a sus ofrecimientos, acepto conmovido el de radicarme cerca de Asunción, aunque mucho me cueste separarme de los amigos que tanto me acompañaron en mi soledad y me asistieron en estos últimos años.

En cambio, declino su propuesta de ejercer ese cargo de instructor en el Ejército: con mis ochenta

años encima, no me siento en condiciones de asumir tamaña responsabilidad. Pero hágale saber mi gratitud por haber pensado en mí para una función que tanto me honraría.

(Se estrechan las manos con efusión y sale el Militar. Artigas parece genuinamente conmovido. Da unos pasos, sonriente. Se pasa a una iluminación, diurna, vivísima. Artigas se pasea de una dirección a otra)

Artigas.- Aquí, en esta mi nueva casa tan vecina a Asunción, he revivido, a pesar de estar tan encima de la muerte. Me parece que recuperaré mis pagos viejos. Este es el sol de allá, los árboles de allá, el aire que respiraba tan a mis anchas...

(Se ve aparecer difusamente la figura del Franciscano 1. Se miran con enorme afecto)

Artigas.- Bienvenido sea a mi nuevo hogar. Hemos quedado separados demasiado tiempo. Ahora ha vuelto usted, y espero que ya no se aparte de mí.

Franciscano 1.- Pero yo no me fui jamás de su lado. ¿No escuchaba cerca de usted mis pasos, mi respiración?...

Artigas.- Usted fue testigo de mis notalgias, de mis soledades, y me escuchó la tortura de preguntarme siempre: ¿por qué hice todo lo que hice? ¿quién me llevó de la mano? ¿quién fui? ¿Merezco lo que tuve?... Tantas preguntas... Nunca supe contestarme.

Franciscano 1.- No sé cuánto puede confortarlo lo que voy a decirle. Pero debe saber que hay un país, bastante al sur de éste, donde usted será venerado como un padre, no importa cuánto tiempo pase...

Artigas.- *(Sonríe con tristeza)* Un país... Un país en el que nunca pensé y que ni siquiera sé si me recuerda... No, no trate de halagarme, Padre. Yo no seré nada, en ninguna parte. Todo lo que hice, todo lo que quise, quedará borrado, como si lo hubiera escrito sobre la arena.

Franciscano 1.- Qué está diciendo!... ¿No se ha dado cuenta de que para mí el futuro no tiene secretos?

(Se miran un largo momento a la cara).

Artigas.- Justamente: hace tiempo que quiero preguntarle...: ¿quién es usted? ¿Por qué siempre parece saberlo todo?

(El Franciscano 1, sin decir palabra, comienza a sacarse el hábito. Debajo aparece una vestimenta austera, lóbrega. Su expresión ha cambiado; el rostro se ha vuelto blanquísimo y gélido).

Artigas.- Ah... Ahora sé su nombre. Hace tiempo que lo estaba esperando. No tengo miedo. Estaba más que preparado para recibirlo. *(Queda callado un momento)* ¿Qué puedo decirle ahora?

Franciscano 1.- Nada. Las palabras no existen más. Es el momento de ponernos en marcha.

Artigas.- *(Luego de mirarlo largamente)* ¿Podrá usted absolverme?

Franciscano 1.- No es mi tarea. Yo sólo soy un guía, un acompañante. No sé más nada.

Artigas .- Al menos dígame si allí donde me lleva dejaré de oír las voces que siempre me han

perseguido.

Franciscano 1.- Tampoco lo sé.

Artigas.- Entonces permítame escuchar su sonido una vez más.

(Suben las voces. Quedan escuchando los dos).

Artigas.- ¿Tampoco usted puede decirme quien fui? ¿si hice bien lo que hice...?

Franciscano 1.- Ya se lo dije: no soy más que un guía. *(Luego de un momento)* Vamos ya. Los dos caballos nos esperan fuera. Le ruego que se abrigue. A medida que avancemos, sentirá que la intemperie se pone más y más gélida.

(Sin decir palabra, Artigas recoge un poncho abrigado, se lo coloca, y luego va hasta un sombrero, que también se pone).

Artigas.- Estoy pronto. *(Dirige una larga mirada encariñada a su alrededor)* Las presencias, los seres... Y siempre las preguntas. ¿Quién fui? ¿Dónde voy?... *(Respira hondo)* Cuando usted disponga.

Franciscano 1.- *(Reverente, haciéndole un gesto para que salga)* Pase usted delante, Padre de tantas cosas de este mundo...

(Salen con paso grave).